



OSCAR DOMÍNGUEZ

Oscar Domínguez llegó a París en 1927, dos años después de que André Bretón publicara su "Manifeste du Surréalisme". El objeto de su viaje a la capital francesa era el de atender allí la correspondencia de los negocios fruteros de su familia. Domínguez no había pintado prácticamente nada hasta entonces. Pero al conectar con el ambiente de los surrealistas a través de los medios frívolos en que él se movía, Domínguez debió percatarse de que el tumulto onírico que caracterizaba la obra -y la vida- de aquéllos era el medio más idóneo para conjurar los fantasmas que afectaban a su

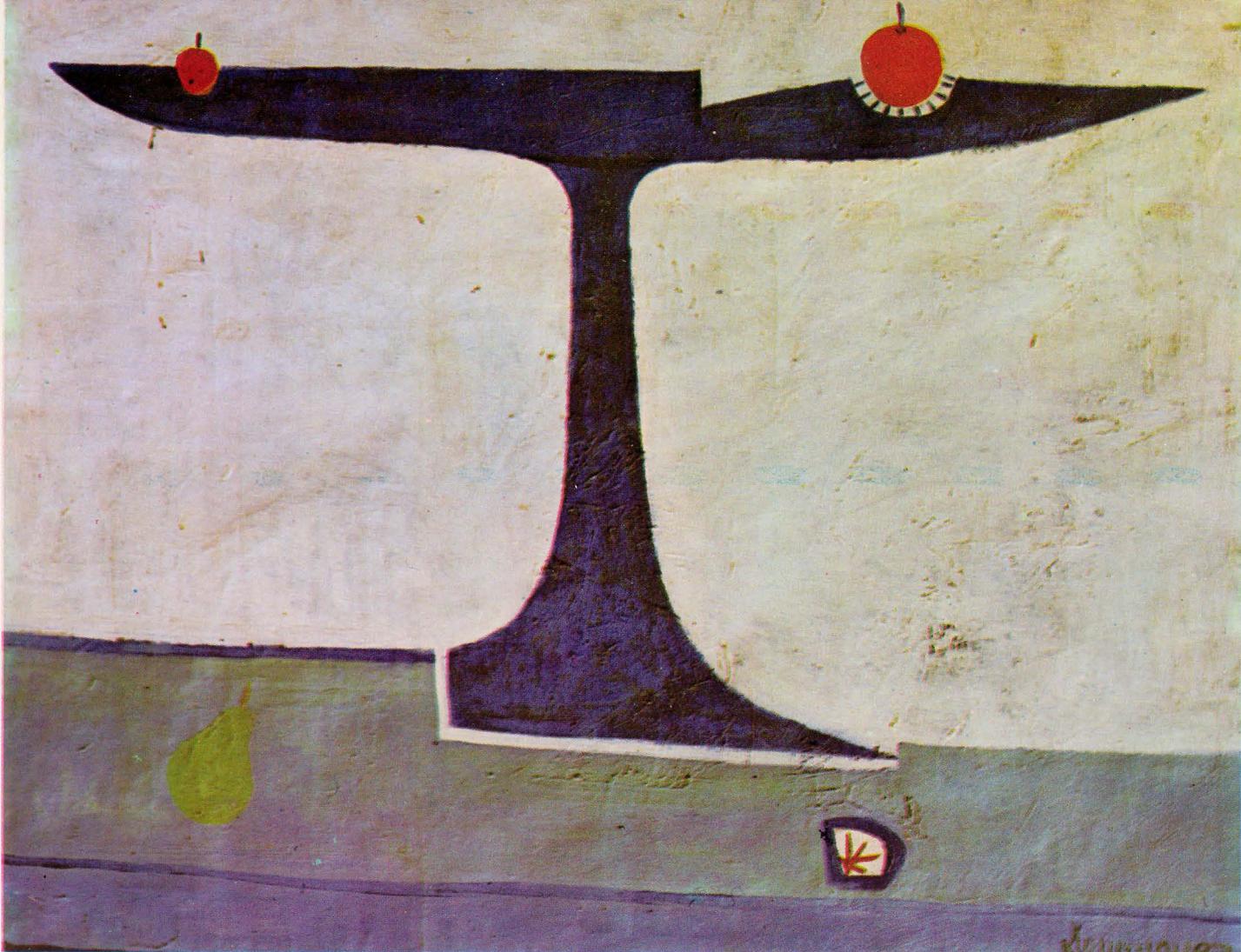
propia personalidad. A partir de entonces, dividió su actividad entre el estudio de la pintura y la francachela nocturna, desatendiendo, claro está, los negocios familiares.

Domínguez pintó sus primeros cuadros hacia 1929 ó 1930; Bretón le da entrada en el grupo de los surrealistas en 1934, y a partir de 1936 figura en las exposiciones colectivas que organiza el autor del "Manifeste..."

Domínguez carecía de la formación técnica que caracterizaba a la mayor parte de los pintores surrealistas; pese a ello, sus obras primeras, influenciadas por Dalí y Tanguy,

pretenden seguir la tónica de aquellos, realizando una obra de dibujo preciso y de detalles realistas en un contexto excéntrico. La insistencia en este sentido le llevará a producir obras estimables; pero, en general, la realización material de la pintura de Domínguez en esta época es siempre inferior a su capacidad de fabulación; el artista imagina mundos más originales y sugestivos que los que sueñan sus compañeros de aventuras; pero en el momento de materializarlos, la estructura cede por la parte más débil: la técnica del pintor.

Quizás esta misma conciencia de su imperfección téc-



nica conduce a Domínguez a realizar unos de los hallazgos más fértiles dentro de la estética surrealista: la calcomanía. Aquí, el azar lo rige todo, y el pintor puede confiar en una realización más brillante y sugestiva. La calcomanía consiste en extender en una superficie "tonos cuya elección ha sido realizada por el puro azar"; sobre esta capa de pintura se aplica una hoja blanca, la cual recogerá, "modificados por la presión o los movimientos de la mano, calcos imprevistos y cargados de misteriosas significaciones" (M. Raynal). Domínguez aplicará esta técnica no sólo en su obra en papel; también la llevará al lienzo, obteniendo efectos de un sorprendente magicismo ilusionista.

Entre 1934 y 1937, en la pintura de Domínguez aparecen elementos de expresión muy significativa dentro del ámbito surrealista: el calculador auto-

mático, los paisajes cósmicos, etc. También en esa fecha realiza una serie de obras en las que recoge alusiones de su isla natal (Tenerife) y adscritas a sus recuerdos infantiles. El drago -árbol legendario de la isla- las lavas y arenas negras de las playas, el mundo aborígen, etc. se reflejan en sus lienzos, formando parte de un sugestivo mundo donde el sexo, el alcohol, la furia no reprimida de vivir, dan sus tonos más exactos, expresados con "inocencia y ferocidad" como advierten algunos de sus críticos. Sus obras de esa época son las de más genuino impulso surrealista: "Peregrinación de George Hugnet", "Le dimanche" (ambas con la turbadora ambigüedad estructural de los caballos). "Los porrones" (lienzo en el que aparece una mujer cuyo cuerpo está formado por latas de sardinas abiertas, y en el espacio dos piezas de cerámica con cabeza de gallo

volcando agua por la abertura de una nube y a un plato situado en la orilla del mar, sobre una roca), "Cueva de guanches" (ejemplo de pintura visceral), etc.

No obstante la personalidad inconfundible que ya había logrado la pintura de Domínguez, a partir de 1939 se deja influenciar decisivamente por Picasso; comienza entonces sus series de "Tauromaquias" (quizá lo más conocido, y desde luego, lo menos original de su obra) y en todos los lienzos, el color aparece apresado dentro de esquemas geométricos angulosos. El poder de invención del pintor decae rápidamente; la acromegalia empieza a reflejarse en su físico: (su rostro y su cuerpo se van deformando paulatinamente) y en la misma proporción, las figuras de sus cuadros se agigantan; el ambiente se hace más opresivo. El revólver y el teléfono aparecen obsesivamente en las



pinturas de esos años. Ambos objetos son dos signos obvios de las necesidades mentales del artista: por una parte, de su afán destructor; por otra, de su necesidad de comunicación. Domínguez, había llegado a ser para la buena sociedad de París un "objeto" del que usaba para su distracción. La excentricidad del pintor, su incontenible sexualismo, lo hacían apeteci-

ble en ciertas esferas. El artista, aunque inmerso en su febrilidad, debió percatarse de ello, y su pintura es justamente la traducción de su angustia.

Sin embargo, cuando más negativa era su existencia, el pintor realiza sus obras más serenas. Entre 1953 y 1957 Domínguez ejecuta una serie de lienzos casi abstractos, o de una figuración muy sutil. Pero

lo que importa en ellos no es el tema, como ocurre en su obra anterior, sino, paradójicamente, su materialidad. Tales obras son, en efecto, ejemplos de una pintura refinada, de exquisita apariencia, bellas sin ninguna duda. El pintor utiliza las maculaturas, las calcomanías, se ayuda del pincel y de la espátula, obteniendo unos paisajes de ensueño, "escenarios simul-



táneos y gatos embrujados" (Julian Gállego), obras en verdad sorprendentes y que contrastan con el carácter de su autor. Pero en la misma exposición donde figuraban esas obras (Galería "Rive Gauche", 1957) se exhibía también un autorretrato donde Domínguez se pintaba a sí mismo como un clown, de cara larga y agresiva, mostrando su asco y su hastío en medio de la brillantez de los círculos que deforman su rostro. Este autorretrato advierte del verdadero estado de ánimo

del artista, erosionado totalmente por su vida disipada y por el íntimo convencimiento de que su obra no respondía a lo que él había buscado durante más de veinte años. "Domínguez -señala Gállego- se pasó un cuarto de siglo buscando un estilo propio, nuevo, que no recordase al de ninguno. Y al no conseguirlo, hizo, desde las brumas del alcoholismo, un arrebatado balance". La conclusión de ese balance lo condujeron a abrirse las venas con una cuchilla de afeitar, la noche

del 31 de diciembre de 1957. El pintor ya había previsto esa muerte, en un autorretrato pintado en 1933.

La obra de Domínguez goza hoy de una vasta difusión a nivel europeo, aunque en España todavía dista de ser conocida en toda su dimensión e importancia. De entre los numerosos trabajos críticos que se han ocupado de la vida y obra del pintor hay que destacar los varios realizados por Eduardo Westerdahl, amigo personal de Domínguez y su mejor exégeta.

L. S.

